

dente: por la España gloriosa de los milicianos, que defiende a la desesperada la libertad y la cultura, solo están con franqueza, la U. R. S. S. y el gobierno de México. Una atmósfera de simpatía popular, como posiblemente no ha existido nunca en tanto grado, rodea hoy al nombre de México en la América toda. Esa simpatía les crea a ustedes, —nos crea a “nosotros”, ya que ustedes me han dado la dicha de poder hablar así— deberes urgentísimos que no podemos eludir. Porque esta libertad que en México se goza, con una amplitud que solo el desterrado puede saborear en sus íntimas delicias, no puede durar por mucho tiempo. Sería suicida creerlo, sería ceguera afirmarlo. Mientras el proletariado del mundo no tenga entre sus manos el poder no habrá libertad asegurada, ni cultura absolutamente protegida, ni derechos del hombre auténticamente respetados. En el dramático momento en que vivimos, la derecha ya ha aderezado armas para el esfuerzo supremo. Tiene sobre nosotros la ventaja inapreciable de su claridad de objetivos y de su organización poderosa. Cada día que dejemos pasar en la apatía o en el desorden es un triunfo de la derecha, una nueva posición que ha conquistado para la próxima ofensiva. No nos dejemos engañar por los progresos políticos que no van precedidos o acompañados de una revolución en lo social. Inestables y frágiles, se deshacen al primer cuartelazo, se vienen abajo al primer sacudón.

Echemos pues sobre nuestros hombros la tarea inmensa que la América entera espera de nosotros; que los escritores y los artistas de todo un continente aguardan con ansiedad de esta organización. Hermana mayor y aban-

derada, tiene la obligación de asumir en América Latina la tutela que le asignan las circunstancias excepcionales en que vive; y porque posee una libertad que ninguna otra agrupación de escritores y de artistas disfruta en nuestras tierras, ha de sentir el imperativo de estudiar y trabajar más que ninguna. De ella deben surgir las consignas y los modelos; a ella deben venir las consultas y las dudas. La tarea es inmensa pero no utópica. A lo largo de la historia siempre ha sido posible lo que era necesario.

Acepte la organización su destino honrosísimo; satisfaga con su labor a la curiosidad que despierta, responda con su esfuerzo a la expectativa afectuosa con que América la sigue. Su obra será entonces la más alta a que puedan aspirar los escritores y los artistas de este pueblo: a conducir la batalla inminente sobre el frente cultural americano.

Mientras ese día llegue, abóquese la organización a sus tareas inmediatas: arranque de cuajo los resabios, humanistas en unos, extremistas en otros; aprenda a enfocar con los métodos modernos la completa realidad que la rodea; forme sus equipos de investigadores, y adiéstrelos en la doctrina que esclarece y en la práctica que disciplina. En poco tiempo dará a México y a América los modelos revolucionarios que todo un continente espera. Y al saberse así, escuchada y respetada, hasta su más modesta y cotidiana labor podrá resonar en la América nuestra como aquellas palabras, alentadoras y orgullosas, con las cuales el conde de Saint-Simon, precursor genial del socialismo, quería ser despertado cada día: “Arriba, señor conde, que os esperan grandes cosas por hacer”.